

ENTRE HISTORIA Y NOVELA

La Espada de Bolívar Tramando La Democracia

MARIAROSARIA COLUCCIELLO
UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI SALERNO

Abstract - This article aims to study how the sword with which Simón Bolívar liberated the American colonies from the Spanish yoke contributed to create a narrative around him that, in alternating phases, has “woven” democracy in Colombia in all its meanings. Based on the work between history and novel by Patricia Lara Salive, *La espada de Bolívar* (2023), these different phases will be taxonomized in a special way, finding out in what percentage (quantitative value) and with what deeds (qualitative value) this sword has contributed to the construction of democracy and, somehow, of freedom during what are considered to be the stages of the history of the Caribbean country after the colony: independence, republican consolidation, twentieth century and advances of the twenty-first century. After being wielded by the Liberator, stolen in 1974 by the M-19, scorned by the Spanish King Felipe VI and claimed by the current Colombian President Gustavo Petro, this everlasting symbol recalls Colombia's history of the last two centuries, in the constant wait for total freedom.

Keywords: sword; Simón Bolívar; democracy; freedom; Patricia Lara Salive.

1. Premisas introductorias

Aunque no es un elemento oficial como un himno o una bandera, la más famosa espada del Libertador Simón Bolívar —una de aquellas que utilizó durante los combates y las campañas libertadoras que llevaron a la independencia de países como Venezuela, Colombia y Bolivia— tiene una carga simbólica muy grande para el pueblo colombiano, además de ser uno de los emblemas más poderosos de la emancipación de América Latina y de representar la lucha por la libertad frente al dominio colonial español. Su historia no solo está unida al Libertador en sí, sino también a eventos políticos y culturales posteriores que le han dado un aura casi mítica.

Se desconoce la cantidad exacta de armas blancas que pertenecieron a Bolívar: se estima que poseyó alrededor de una decena —con diferentes réplicas—, aunque es probable que muchas más hayan estado bajo su posesión. Tampoco hay claridad sobre su destreza con la hoja. La mayoría de quienes han escrito sobre su vida (Scocozza 1990; Uslar Petri 1990; Pino Iturrieta 2006; etc.) o lo han exaltado sostienen que destacó entre los más hábiles (Arana 2020; Cacciatore y Scocozza 2010; Pino Iturrieta 2016; entre otros): «tanto hizo Bolívar con la elocuencia como con la espada» (Rumazo González 2006, p. 114). La desenvainaba y se lanzaba al galope, cargando contra el flanco de la caballería enemiga. No había sosiego, tal y como no lo hubo en el relato de su querida Manuela Sáenz (Cuacua Prada 2002; Mogollón Cobo y Narváez Yar 1997; Romo-Lerouz 2005; entre otros) —la única mujer que logró estar a su lado durante ocho largos años, la conocida como Libertadora (Klingendrath 2010; Rumazo González 1962; Sáenz 2010; etc.)—, en el que la ecuatoriana cuenta los hechos de la noche del 25 de septiembre de 1828, cuando Bolívar se salvó de ser asesinado por sus enemigos políticos:

Serían las doce de la noche, cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y a más se oyó un ruido extraño [...] Desperté al Libertador, y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta. Le contuve y le hice vestir [...] Volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día: ‘¿Usted no dijo a Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?’ ‘Dices bien’, me dijo, y fue a la ventana [...] El Libertador se fue con una pistola y con el sable que no sé quién le había regalado de Europa (Sáenz [1850] 2017, p. 195).

En numerosos discursos el Libertador invocó incansablemente su espada, empuñada para traer la libertad con la llama de la revolución. «Pues no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada» (Bolívar [1814] 2014, p. 38), comentaba en una asamblea caraqueña en 1814; sin embargo, también opinaba que el uso del arma era un mal necesario que no debía emplearse en tiempos de paz:

La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de paz, y este debe ser el último de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido a Colombia y porque no puede haber república donde el pueblo no esté seguro del ejercicio de sus propias facultades (Bolívar 1821, p. 38).

Las espadas de Bolívar se convirtieron, con el tiempo, en símbolos cargados de significado para la memoria y la identidad nacional de Colombia. Más allá de su materialidad, se inscribieron en el campo del mito político. En *Mythes et mythologies politiques* (1986), Raoul Girardet afirma que los mitos políticos no son ficciones ilusorias: son narraciones estructurantes que condensan valores, temores y aspiraciones colectivas y funcionan como matrices simbólicas que orientan la acción y dotan de legitimidad a proyectos políticos. En el caso colombiano, la espada no remite únicamente a la guerra de independencia; encarna la promesa inacabada de la república. En términos de Benedict Anderson (2006), la nación es una comunidad imaginada que se sostiene en símbolos compartidos y narrativas de origen y la espada opera como uno de esos emblemas capaces de condensar la imaginación nacional. Asimismo, la reactivación pública del símbolo puede leerse a la luz de la noción de “tradición inventada” formulada por Eric Hobsbawm (1992). Cada actualización del objeto —ya sea en clave insurgente o institucional— no reproduce mecánicamente el pasado, sino que lo reinterpreta y lo resignifica en función de las necesidades del presente. La espada, entonces, no es un vestigio inmóvil, sino un artefacto simbólico dinámico cuya potencia reside precisamente en su capacidad de ser resemantizada.

Tras el fallecimiento del Libertador, las clases dirigentes asumieron la tarea de moldear el proyecto de país. No se trataba únicamente de erigir una estructura institucional para el nuevo Estado, sino también de forjar un discurso ideológico capaz de cohesionar espiritualmente a la población. Había que crear la nación y, en ese esfuerzo, la figura de Bolívar fue elevada al centro del relato fundacional, al encarnar los ideales de la independencia y servir como eje de una mitología patriótica compartida.

Tal y como se ha dicho, a lo largo de su trayectoria como estratega y líder militar, Simón Bolívar empuñó diversas espadas, pero una en particular ha trascendido como el emblema más representativo de su figura histórica. Esta tiene manufactura colonial, probablemente forjada en 1821 en acero, y adornada con detalles en oro. Mide apenas 85 centímetros y era empuñada por la mano firme —aunque pequeña— de aquel hombre de complexión delgada y estatura modesta, que apenas alcanzaba el metro sesenta y siete. Probablemente le fue entregada en Perú, durante las campañas por la independencia. Más allá de su función como arma, esta espada encarna el símbolo tangible del poder, la

autoridad y la determinación del Libertador en su lucha por liberar a los pueblos del dominio colonial. No fue un objeto ceremonial, sino un instrumento presente en algunos de los enfrentamientos más decisivos de las guerras de independencia, como las batallas de Carabobo y Junín. Con el paso del tiempo, este artefacto se transformó en una reliquia histórica y un ícono de la causa libertadora, representando no solo el arrojo militar de Bolívar, sino también su ideal de una América unida y soberana. En este sentido, el arma no solo corta el yugo de la opresión, sino que también enlaza el pasado con la construcción representativa de la identidad nacional en los países que ayudó a liberar.

La espada de Bolívar. Del M-19 a la Casa de Nariño de Patricia Lara Salive — libro de no ficción que combina periodismo investigativo con narrativa histórica— es ampliamente reconocida como una de las mejores obras para entender no solo la historia del objeto en sí, sino también el contexto político, simbólico y emocional que la rodea en la historia reciente de Colombia. A través de una exhaustiva y pormenorizada investigación, la autora —periodista con una larga trayectoria en temas de conflicto armado y de investigación profunda, al ofrecer datos precisos y testimonios clave con una prosa accesible y atrapante— rastrea el viaje vivencial y el periplo imaginativo de la espada hasta su presencia en la Casa de Nariño durante la posesión presidencial de Gustavo Petro en 2022. El libro se estructura en 29 capítulos breves y está dividido en tres partes: la historia del arma, aquella del M-19 y la crónica de Colombia en las últimas cinco décadas. Lara Salive utiliza su experiencia como periodista para reconstruir los eventos con rigor y detalle, mientras que su habilidad narrativa le permite tejer una historia cautivadora que va más allá de los hechos, explorando los significados y los símbolos que este símbolo representa en la experiencia memorial y en la biografía del país.

2. De contextos temporales y metodología

Con base en estas premisas, este ensayo tiene el propósito de averiguar cómo la espada con la que Simón Bolívar liberó a las colonias americanas del yugo español contribuyó a crear una narrativa en torno a su figura, que, en fases alternas, ha “tramado” en todos sus significados la democracia en Colombia, cuidando de las semánticas de este verbo que, en el *Diccionario de la Lengua Española* (DLE), presenta cuatro acepciones, de las que tres son positivas y constructivas, y una de corte negativo o adverso.

Atravesar los hilos de la trama por entre los de la urdimbre, para tejer alguna tela (Sin.: tejer, urdir, hilvanar, forjar).

Disponer o preparar con astucia o dolo un enredo, engaño o traición (Sin.: Maquinar, urdir, intrigar, conjurar, confabular, planear, conspirar, conchabarse).

Disponer con habilidad la ejecución de cualquier cosa complicada o difícil.

Dicho de los árboles, especialmente del olivo: florecer (Sin.: florecer, florear (Dle, 23ª ed., en línea).

Con base en el reportaje de investigación de Patricia Lara Salive, *La espada de Bolívar. Del M-19 a la Casa de Nariño* (2023), obra de largo aliento situada entre historia y novela, se propone una taxonomía específica de estas diferentes fases, averiguando el valor cuantitativo (número de episodios) y el valor cualitativo (las gestas efectivas) por medio de los que esta espada ha colaborado —o no colaborado— en la construcción de la democracia y, de alguna manera, de la libertad durante aquellas que se consideran ser las diferentes etapas de la historia del país caribeño después de la colonia —de la independencia al primer cuarto del siglo XXI— y que se detallarán a continuación. Siguiendo los clásicos cortes temporales propuestos por los mayores estudiosos de la

historia de Colombia (entre otros, Bushnell 2007; Gómez Buendía 2023; La Bella 2024; Orlando Melo 2017), ésta se ha dividido en siete períodos, algunos más cuantiosos en términos de años involucrados, otros menos.

La fase entre 1810 y 1886 es aquella que abarca desde el inicio del proceso de independencia hasta la consolidación del modelo federal con la Constitución de 1886, aunque esta última finalmente marcó el fin del federalismo. En ese marco temporal Colombia pasó de la lucha por la independencia y el sueño bolivariano de una nación continental (Gran Colombia, que incluía Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá), a la fragmentación en 1830 y a la búsqueda de una identidad nacional, en medio de una intensa pugna entre liberales —que defendían el federalismo y la libertad de cultos— y los conservadores —que protegían el centralismo y el poder de la Iglesia—. En 1886, bajo el liderazgo del conservador Rafael Núñez, se promulgó una nueva constitución que acabó con el modelo federal y estableció un Estado centralista, católico y presidencialista, que rigió con pocas reformas hasta 1991. El país pasó a llamarse definitivamente República de Colombia (Cortázar Mora 2025).

El período 1886-1930 es conocido como la República Conservadora o la Hegemonía Conservadora, ya que durante más de cuarenta años el Partido Conservador dominó casi totalmente el poder político, lo que dejó huellas profundas, al sentar las bases —y en algunos casos los traumas— que marcaron el rumbo político, social y cultural del país durante el siglo XX y más. El Partido Liberal fue excluido del poder y de la vida pública, lo que generó resentimientos y tensiones políticas profundas, y la falta de canales democráticos para resolver diferencias contribuyó a guerras civiles, y más tarde a conflictos como “La Violencia” (años 40 y 50) y el surgimiento de las guerrillas. El régimen conservador estrechó los lazos con la Iglesia, que controlaba la educación, la moral pública y los registros civiles (nacimientos, matrimonios, etc.), lo que dejó una sociedad que, durante varias décadas, estuvo muy clericalizada, conservadora, y donde disidencias ideológicas, religiosas o sexuales eran reprimidas. De 1899 a 1902 se desarrolló la Guerra de los Mil Días, una de las más sangrientas de América Latina, que dejó una generación marcada por el trauma, el hambre y la ruina económica, un Estado debilitado y desprestigiado, lo que facilitó la pérdida de Panamá en 1903, una herida nacional que aún resuena en la memoria colectiva. Este período fomentó también la consolidación de una economía agroexportadora desigual. El auge cafetero impulsó el crecimiento económico, pero también acentuó la desigualdad rural. Las tierras estaban en manos de grandes hacendados, y los campesinos eran marginados: todo esto generó tensiones sociales no resueltas que, décadas después, alimentaron la lucha armada rural (Torres del Río 2015).

El período 1930-1946 en Colombia se conoce como la República Liberal, porque fue la primera vez en más de cuarenta años que el Partido Liberal accedió al poder con Enrique Olaya Herrera, tras la hegemonía conservadora. Aunque no hubo un cambio revolucionario, fue una época de reformas, modernización, pero también de conflictos sociales y políticos. El rejuvenecimiento del Estado y de la economía implicó una reforma educativa (laica y pública, reduciendo el control de la Iglesia), obras públicas (se invirtió en infraestructuras como carreteras, ferrocarriles, puertos, hospitales y escuelas), industrialización (con el impulso de la industria nacional con políticas de sustitución de importaciones) y reforma agraria parcial (se empezaron a discutir reformas para distribuir tierras, pero con escaso éxito). El gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938, 1942-1945) y su “Revolución en Marcha”, buscó transformar profundamente el país, impulsando la reforma constitucional en 1936, que reconocía el papel social de la propiedad y ampliaba los derechos ciudadanos, promoviendo el voto de las mujeres en elecciones municipales (aunque todavía no fue pleno), otorgando mayor autonomía a los

sindicatos y promoviendo leyes laborales. Sin embargo, las reformas liberales generaron la resistencia de los sectores conservadores, la Iglesia, y las élites terratenientes, y hubo protestas campesinas y obreras, algunas reprimidas con fuerza. A partir de 1945, el Partido Liberal comenzó a dividirse internamente y, en 1946, el conservador Mariano Ospina Pérez ganó las elecciones gracias a esa división, lo que marcó el fin de la República Liberal y el inicio de una nueva etapa de violencia política entre liberales y conservadores (Salamanca 2010).

La fase 1946-1958 fue una de las más complejas y violentas del siglo XX colombiano. En 1946, al ganar la presidencia el conservador Ospina Pérez, comenzó un período de tensión política y represión, con enfrentamientos entre liberales y conservadores en todo el país, mientras en las zonas rurales se desataron luchas armadas por el control de tierras, alcaldías y poder local. El punto de quiebre fue el 9 de abril de 1948, cuando fue asesinado el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, figura popular que representaba a las clases trabajadoras, provocando una revuelta masiva en Bogotá y otras ciudades: el famoso Bogotazo. La capital fue destruida parcialmente y el orden colapsó. A partir de ahí, se intensificó la violencia en el campo, en lo que se conoce como “La Violencia”. Laureano Gómez sucedió a Ospina y fue un presidente ultraconservador y autoritario: reforzó la persecución contra los liberales y los sindicatos, y durante su presidencia el Congreso fue manipulado, la censura aumentó, y la polarización llegó al extremo. En 1953, un golpe de Estado pacífico depuso a Laureano Gómez. El general Gustavo Rojas Pinilla asumió el poder con apoyo de sectores militares y civiles cansados de la violencia. Si, en un primer momento, el nuevo presidente intentó pacificar el país, ofreció amnistías a los guerrilleros liberales, promovió obras públicas, infraestructura, el voto femenino (que se aprobó en 1954) y buscó modernizar el país y mejorar la imagen del ejército, en un segundo momento Rojas intentó perpetuarse en el poder y su régimen se volvió autoritario, hasta perder apoyo en 1957 y verse forzado a renunciar tras un paro cívico nacional (Ríos Sierra 2023).

El ciclo 1958-1974 en la historia de Colombia se conoce como la época del Frente Nacional, una etapa política excepcional y pactada entre los partidos Liberal y Conservador, creada para poner fin a la violencia partidista que había devastado al país entre los años 40 y 50. Además de detener “La Violencia” y garantizar la estabilidad democrática tras la dictadura de Rojas Pinilla, este acuerdo preveía la alternancia cada cuatro años de las presidencias liberales (Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo) y conservadoras (Guillermo León Valencia y Misael Pastrana Borrero) y la repartición de los cargos públicos. Los logros del Frente Nacional fueron poner fin a “La Violencia” bipartidista, la estabilidad institucional después de años de guerras civiles y dictaduras, la modernización del Estado y la economía (promoción de la reforma agraria, la educación y la salud pública; impulso de la industrialización y el crecimiento económico con apoyo del Estado) y el voto femenino, que se empezó a ejercer por primera vez en 1957. También surgieron problemas, como la exclusión política de otros grupos; el origen de las guerrillas (grupos como las FARC y el ELN en 1964, y el EPL en 1967 brotaron en este período como respuesta a la exclusión política y la desigualdad social) y la persistencia de la violencia rural (Ríos Serra 2017; Villamizar 2017).

El período 1974-1991 fue una época marcada por una fuerte crisis del Estado, el aumento de la violencia, la consolidación de las guerrillas y el narcotráfico, y la llamada “Guerra sucia”: una etapa de conflicto interno en la que actores armados, estatales y paraestatales cometieron violaciones sistemáticas de derechos humanos. En 1974 terminó el acuerdo político del Frente Nacional, pero liberales y conservadores siguieron dominando el poder, mientras nuevos sectores querían participar y no tenían representación. Comenzó una etapa de democracia restringida, pero sin soluciones reales a

los problemas sociales de fondo (desigualdad, pobreza rural, corrupción). Durante este período, las guerrillas se fortalecieron: FARC y ELN ampliaron su presencia en zonas rurales; el M-19 —guerrilla urbana, nacionalista y populista— surgió en 1970 tras el supuesto fraude electoral contra Gustavo Rojas Pinilla; operaban también EPL, Quintín Lame y otros grupos. Todas estas organizaciones luchaban con diferentes ideologías (marxistas, nacionalistas, indigenistas), pero con un objetivo común: tomar el poder por las armas ante la exclusión política y social. En los años 80 surgieron poderosos carteles del narcotráfico como los de Medellín (Pablo Escobar) y de Cali (hermanos Rodríguez Orejuela). Estos grupos desataron una ola de violencia brutal, con asesinatos, bombas, secuestros y corrupción del Estado, y algunos financiaron grupos armados, tanto paramilitares como guerrillas. El Estado colombiano, incapaz de controlar la expansión guerrillera, muchas veces recurrió a la represión violenta: se cometieron ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas, torturas y masacres por parte de fuerzas estatales o con su apoyo. Surgieron los grupos paramilitares, armados por sectores de terratenientes, militares y narcotraficantes para combatir a las guerrillas; estos grupos cometieron graves crímenes contra la población civil, especialmente en zonas rurales. Al estar gravemente debilitado el Estado colombiano (también a causa de múltiples masacres y del asesinato de líderes políticos como Luis Carlos Galán en 1989), se presionó por una reforma profunda y por la convocación de una Asamblea Nacional Constituyente. En 1991, se promulgó una nueva Constitución que buscó modernizar y democratizar el país: se reconoció la diversidad étnica y cultural; se fortalecieron los derechos humanos y las libertades; se estableció la Corte Constitucional y se dio mayor participación política a nuevos sectores sociales (Ávila 2022).

Esta Constitución dio comienzo a la última etapa de la historia de Colombia, de 1991 a la actualidad. Se abrieron las puertas para una nueva democracia, pero su implementación fue lenta y enfrentó muchos obstáculos. El conflicto armado no terminó, sino que guerrillas como las FARC y el ELN siguieron combatiendo, mientras que el paramilitarismo se expandió, muchas veces en connivencia con sectores del Estado. Durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), se desmovilizaron las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC); aunque más de 30.000 combatientes se desarmaron, muchos formaron luego las BACRIM (bandas criminales), que continuaron el narcotráfico y la violencia. Uribe lideró una política de mano dura contra las guerrillas, con apoyo militar y político de EE. UU. (Plan Colombia). Esta estrategia redujo la capacidad militar de las FARC, pero también generó controversias: falsos positivos (ejecuciones de civiles presentados como guerrilleros); denuncias de violaciones de derechos humanos; aumento del poder presidencial y polarización política. Durante el gobierno de Juan Manuel Santos (2012-2016), se llevó a cabo el proceso de paz con las FARC en La Habana. En 2016 se firmó un acuerdo histórico, que incluyó desarme y transformación de las FARC en partido político; justicia transicional (JEP); reparación a víctimas y garantías de no repetición; y promesas de reforma agraria y participación política. Aunque el acuerdo fue rechazado en un plebiscito, luego fue modificado y aprobado por el Congreso. Sin embargo, el conflicto no ha terminado completamente al seguir activo el ELN; excombatientes de las FARC que no se reintegraron; nuevos grupos armados controlan territorios; el narcotráfico, el crimen organizado y la minería ilegal siguen alimentando la violencia. En estos años se han vivido grandes protestas sociales contra la desigualdad, la corrupción y los abusos policiales. Jóvenes, estudiantes, indígenas y sectores populares salieron a la calle exigiendo reformas estructurales. La respuesta del Estado fue muchas veces violenta, lo que generó más polarización. En 2022, Gustavo Petro, exguerrillero del M-19, fue elegido el primer presidente de izquierda en la historia de Colombia. Su gobierno ha impulsado una agenda de reformas sociales (salud,

trabajo, pensiones) y una política de “paz total”, buscando negociar con todos los grupos armados. Sin embargo, sigue enfrentando fuertes desafíos como oposición política, inseguridad persistente, crisis económica y dificultades para aprobar reformas en el Congreso (Petro 2021).

3. Recurrencias y su análisis

A partir del reportaje de investigación de Patricia Lara Salive, se ha elaborado una clasificación específica de las distintas etapas en las que la espada del Libertador ha tenido un papel simbólico y político relevante. La clasificación de los episodios relativos a ese arma, presentada en la *Tabla 1*, hecha con base en los siete períodos en los que hemos dividido la historia de Colombia después de la colonia, presenta un cuadro así estructurado: 1 episodio durante el período que va desde el sueño de la Gran Colombia a la República (1810-1886); 1 episodio durante la República conservadora (1886-1930); ningún episodio en los dos períodos sucesivos —la República liberal (1930-1946) y la época de la dictadura militar y de la “Violencia” (1946-1958)—; 1 episodio en la época del Frente Nacional (1958-1974); 12 en aquel de la Guerra Sucia (1974-1991) y 7 en el último período, de 1991 a la actualidad.

PERÍODOS	NUMEROSIDAD
1810-1886 del sueño bolivariano de la Gran Colombia a la República federal	1
1886-1930 República conservadora	1
1930-1946 República liberal	0
1946-1958 época de dictadura militar y de “La Violencia”	0
1958-1974 época del Frente Nacional	1
1974-1991 Guerra sucia	12
1991-hoy en día de la nueva Constitución a la actualidad	7

Tabla 1.

Los resultados numéricos nos imponen ahora reconstruir cualitativamente la historia de esta arma y examinar si y en qué medida ha contribuido a hilvanar la democracia en el país caribeño, entre andanzas positivas de tramas democráticas e intentos frustrados y deconstructivos. A continuación, subdividiremos la anterior *Tabla 1* en posteriores tablas que, por comodidad de análisis y de contenido histórico, fraccionaremos en subperíodos explicativos.

PERÍODOS	EVENTOS
1810-1886 del sueño bolivariano de la Gran Colombia a la República federal	Ubicación temporal de la espada posterior a la Batalla de Boyacá (7 de agosto de 1819), día partaguas de la independencia de Colombia.
1886-1930 República conservadora	Donación de la espada al Museo de la Quinta de Bolívar por parte de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá (1924).
1930-1946 República liberal	
1946-1958 época de dictadura militar y de “La Violencia”	
1958-1974 época del Frente Nacional	Robo por parte del M-19 en la Quinta de Bolívar (1974).

Tabla 2.

En la *Tabla 2* se enarbolan los primeros cinco períodos, mucho menos numerosos en términos de sucesos. Lo primero que se ha reconstruido de esta espada es que está ubicada en una época posterior a la Batalla de Boyacá del 7 de agosto de 1819. Probablemente su elaboración se inscriba hacia 1821 y, por tener tres preciosas estrellas, se piensa que fue elaborada precisamente para el importante General Bolívar. Lejos de ser un elemento meramente simbólico o ceremonial, acompañó al Libertador en momentos clave de su campaña militar, participando activamente en combates cruciales como las batallas de Carabobo (24 de junio de 1821, en Venezuela) y la de Junín (6 de agosto de 1824, en el actual Perú), donde se definió el rumbo de la independencia suramericana. De hecho, estas batallas fueron decisivas en la campaña libertadora, y aunque se libraron fuera del territorio actual de Colombia, tuvieron un impacto directo en la consolidación de la independencia colombiana y en el proyecto más amplio de la Gran Colombia.

En el período de la República conservadora, precisamente en 1924, como parte de las celebraciones del centenario de la Batalla de Ayacucho, la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá gestionó la donación de la espada al museo de la Quinta de Bolívar — casa-museo ubicada en la capital colombiana, que había sido residencia del Libertador en varias ocasiones durante el siglo XIX—, para que fuera exhibida como símbolo patrio, además de convertirse en uno de los objetos más valiosos del museo.

Hay un vacío temporal de alrededor de cinco décadas —de hecho, no se conocen episodios relativos al arma en las épocas de la República liberal y de la dictadura militar y de “La Violencia”— antes de que se vuelva a hablar de la hoja que, en 1974, fue robada por el Movimiento 19 de Abril, M-19. En ese mismo año Álvaro Fayad, Jaime Bateman Cayón y otros veinte decidieron conformar ese movimiento armado autónomo, acordando enseguida aparecer públicamente con acciones espectaculares e insólitas. Sin embargo, antes de que esto ocurriera, planearon realizar una campaña de expectativa y de lanzamiento de la nueva organización al publicar, en distintos periódicos, una serie de avisos que anunciaban un producto que sirviera para curarlo todo: “¿Parásitos... gusanos? Espere, M-19”; “¿Decaimiento... falta de memoria? Espere, M-19”; “¿Falta de energía...? Espere, M-19” y “Ya llega, M-19” fueron los cuatro avisos que advertían la llegada del movimiento que, mientras tanto, enviaba a un par de células militantes a realizar labores de inteligencia en la Quinta de Bolívar para tomar nota de todo lo que ocurría —los turnos de los vigilantes, la afluencia de la gente, el número de funcionarios y celadores que allí trabajaban, etc.—. La espada reposaba en una urna ubicada en la parte de atrás de la

Quinta, cerca de la pequeña cama de la alcoba de Simón Bolívar y Manuela Sáenz. Amarrados y neutralizados los vigilantes, a las cinco de la tarde del 17 de enero de 1974 se rompieron los candados de la urna, y el silencio fue asustado por el vidrio quebrado. La espada fue escondida unos quince días en el piso de Ernesto Sendoya, un integrante del M-19, y allí fue limpiada, restaurada y fotografiada antes de continuar su tránsito clandestino, mientras todas las radios de Colombia anunciaban el famoso atraco.

PERÍODO	EVENTOS
1974-1991 Guerra sucia	• Desplazamiento hacia la casa de León de Greiff (1974-1975). • Entrega a Armando Orozco e Isabel García Mallorca (hasta comienzos de diciembre de 1975). • Entrega a la “cárcel del pueblo” (hasta el 19 de abril de 1976). • Entrega a Vera Grabe (finales de abril de 1976). • Entrega por parte de Vera Grabe a un compañero (hasta finales de mayo de 1976). • Nuevo desplazamiento hacia la casa de de Greiff (hasta el 11 de julio de 1976). • Entrega a Fadua Naffah de Fayad (julio de 1976). • Bateman lleva la espada a su misma casa (febrero de 1979). • La misma noche de la captura de Álvaro Fayad (26 de octubre de 1979) la espada es entregada a Valentín Sáez y Elvira Ortiz (hasta 1981). • En una noche indefinida de apagón de 1981 Valentín y Elvira entregan la espada a Gari, un funcionario de la embajada en Cuba (hasta octubre de 1985). • Álvaro Fayad pide que la espada llegue a la embajada de Cuba en Panamá (octubre-noviembre de 1985). • Dos meses después de la invasión de EE. UU. de Panamá, la espada es trasladada en avión por Manuel Piñeiro de Panamá a Cuba (febrero de 1990).

Tabla 3.

Los desplazamientos más intensos y numerosos del arma ocurrieron en el sexto período (Tabla 3), el de la Guerra Sucia: por 12 veces este objeto cambió de lugar. De hecho, después del robo y de la cuidadosa limpieza a la que fue sometida, la espada fue sucesivamente escondida —y allí se quedó la mayor parte de 1974-1975— en la biblioteca de la casa del destacado ajedrecista, matemático y escritor colombiano Boris de Greiff, hijo del poeta y diplomático colombiano León de Greiff. Este último, al recibir a sus importantes visitantes —incluido al presidente Alfonso López Michelsen—, probablemente no supiera que en su casa se escondía un objeto que se había convertido en la tarea prioritaria de todos los servicios de inteligencia de su gobierno. Hasta comienzos de diciembre de 1975 la espada fue encerrada en casa del poeta y periodista Armando Orozco y de su compañera Isabel García Mallorca, para luego pasar a un sótano escondido, llamado “cárcel del pueblo”, de Gustavo Arias Londoño (Boris), el mismo en el que estuvo preso y luego fusilado (el 19 de abril de 1976) el sindicalista de la Confederación de Trabajadores de Colombia, José Raquel Mercado —de hecho, es famosa la fotografía que se publicó en los medios de comunicación en la que se veía al sindicalista deprimido y, detrás suyo, la sigla del M-19 y la espada del Libertador—. Entre finales de abril y finales de mayo el arma llegó a manos de Vera Grabe, una estudiante de Antropología que había controlado la Quinta de Bolívar días antes del robo, y que se la

llevó en su coche muchos días antes de entregarla a un compañero universitario de los Andes, quien, a su vez, la escondió en el barrio de Rosales, en casa de su novia, y allí se quedó hasta finales de mayo de 1976. En ese momento el M-19 la llevó otra vez a la casa de León de Greiff, permaneciendo allí hasta el 11 de julio de 1976, día de la muerte de este, cuando Bateman la recogió nuevamente para llevarla, hacia mitad de julio de 1976, a lo de Fadua Naffah de Fayad —amiga personal de Álvaro Fayad del M-19—, en donde estuvo largo tiempo. En febrero de 1979, Bateman decidió celar la espada en su casa en la Carrera 9 con Calle 118, ante la felicidad y emoción de la madre de sus hijos, Esmeralda Vargas. La misma noche de la captura del número dos del M-19, Álvaro Fayad (26 de octubre de 1979), el arma fue entregada a Valentín Sáez y a Elvira Ortiz, quienes la tuvieron escondida antes en el baúl del carro, para luego enterrarla cerca de unos árboles de la finca del novio de su hija Licensia, en Albán. Mientras tanto el M-19 construía túneles para esconder armas, secuestraba y mataba, tomaba la embajada dominicana, en suma, llevaba a cabo actividades que vulneraban los principios fundamentales de un sistema democrático; sin embargo, aun así, una encuesta daba a conocer que

el M-19 tenía más del 70 por ciento de imagen positiva. Incluso el expresidente López llegó a declarar que el M-19 era una razón social. Y era cierto: muchos jóvenes, en un lugar y otro del país, realizaban acciones a nombre del M-19, sin que tuvieran necesariamente un vínculo orgánico con el movimiento (Lara Salive 2023, pp. 104-105).

Durante una noche imprecisa, en medio de un apagón, Valentín y Elvira entregaron la espada a Gari, un funcionario de la embajada en Cuba (1981). Una vez en La Habana, el célebre comandante Manuel Piñeiro, conocido como Barbarroja, la guardó bajo llave en un armario de su oficina del Comité Central Comunista de Cuba (hasta octubre de 1985), apoyado por Fidel Castro, que en ese momento se sentía humillado por la candidatura del presidente colombiano Turbay al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a pesar de que Cuba fuera el país candidato del Grupo Latinoamericano. En la época de la captura de Gustavo Petro, hacia finales de 1985, Álvaro Fayad pidió que la espada llegara a la embajada de Cuba en Panamá, para tenerla más cerca (octubre-noviembre de 1985). Fue encerrada bajo llave, para utilizarla en el momento en que —en su hipótesis— la sacaría a jugar un papel protagónico en un proceso que llevaría a la paz y que, en realidad, tuvo un desenlace negativo, es decir, la toma del Palacio de Justicia del 6 y 7 de noviembre de 1985, uno de los eventos más trágicos y controversiales de la historia reciente del país, y que procuró la muerte de 95 personas, entre las que destacaban el presidente de la Corte Suprema, Alfonso Reyes Echandía, once magistrados y 33 guerrilleros, en grave detrimento para la democracia:

la toma del Palacio de Justicia fue la acción más demencial y torpe del M-19. Sus efectos devastadores aún repercuten en Colombia, no solo porque las familias del holocausto todavía arrastran su dolor sino, además, porque la rama judicial, de un momento a otro, quedó acéfala y privada de sus mejores y más brillantes magistrados. La justicia colombiana, 28 años después, no ha podido recuperarse de ese golpe (Lara Salive 2023, p. 140).

En febrero de 1990, dos meses después de la invasión de EE. UU. de Panamá, el alto funcionario del gobierno cubano, Manuel Piñeiro, decidió trasladar la espada en avión de Panamá a Cuba, y en La Habana volvió a sepultarla bajo llave en el armario de su oficina.

PERÍODO	EVENTOS
1991-hoy en día de la nueva Constitución a la actualidad	• Devolución de la espada gracias a la intercesión de la Embajada de Venezuela y regreso a la Casa de Nariño (enero de 1991). • Traslado de la espada al Banco de la República (por ocho años). • Desplazamiento al Palacio Presidencial durante la presidencia de Andrés Pastrana (1998-2002). • Devolución al Banco de la República (de 2002 a 2020). • Nuevo traslado a la Casa de Nariño con ocasión del 237º natalicio de Bolívar (24 de julio de 2020). • Iván Duque enseña a Gustavo Petro la espada después de haber sido elegido su sucesor (23 de junio de 2022). • Presentación al pueblo de la espada durante la toma de posesión de Gustavo Petro (7 de agosto de 2022).

Tabla 4.

En el séptimo y último período (*Tabla 4*), la espada protagonizó la historia del país por siete veces. En enero de 1991, los dirigentes de la Alianza Democrática M-19 decidieron devolverla. Como seguían cerradas las relaciones entre Cuba y Colombia, el embajador de Cuba en Venezuela, Norberto Hernández Curbelo, se ocupó del asunto. En la venezolana Maiquetía, el jefe M-19 Antonio Navarro, el presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez y Gabriel García Márquez recogieron la espada, la envolvieron en la bandera nacional y la llevaron a Bogotá a la Quinta de Bolívar. Después de la ceremonia de devolución, el presidente César Gaviria hizo trasladarla a una bóveda de seguridad en el Banco de la República, y allí permaneció por un tiempo imprecisado, pero superior a los ocho años. Durante la presidencia de Andrés Pastrana (1998-2002) la espada habitó en el Palacio presidencial y, solo al finalizar su presidencia, fue devuelta al Banco de la República, quedando allí por 18 largos años, hasta 2020. El 24 de julio de 2020, por encargo del entonces presidente Iván Duque, el director del Departamento Administrativo de la Presidencia, Diego Molano, la trasladó formalmente a la Casa de Nariño, durante las ceremonias conmemorativas del 237º natalicio de Bolívar. En ese acto, acompañado por historiadores, la primera dama, la vicepresidenta, el ministro de Defensa y otros altos funcionarios, Duque dispuso que el arma fuera exhibida en una urna visible al público dentro de la Casa de Nariño, con el propósito de rendir homenaje a la memoria del Libertador y simbolizar la libertad de la nación. Y el 23 de junio de 2022, cuatro días después de haber sido elegido presidente de Colombia, a Gustavo Petro se la enseñó el mismo Duque. El 7 de agosto de 2022, durante su toma de posesión, el recién elegido primer mandatario de Colombia solicitó a la Casa Militar traer la espada de Bolívar, recibiendo la negativa del presidente saliente, Iván Duque. La gente presente en Plaza de Bolívar esperaba el arma, mientras Duque, invadido por la nostalgia del poder, seguía negándose incluso ante el jefe de la Casa Militar, el coronel Anuar Fernando Saadat Castro. Finalmente, un cortejo de soldados se asomó por la Carrera Séptima llevando la urna transparente con el famoso símbolo y la multitud estalló en aplausos. Todos los invitados ilustres, presidentes, cancilleres se pusieron de pie ante su paso y aplaudieron;

todos, menos el rey Felipe VI de España, chozno de aquel Fernando VII que reinaba en América en el momento de la independencia de las colonias de España.

4. Reflexiones ulteriores y conclusivas

La espada de Bolívar. Del M-19 a la Casa de Nariño de Patricia Lara Salive es una obra que ofrece una mirada profunda y detallada sobre un objeto cargado de historia y simbolismo y, a través de él, sobre los procesos políticos y sociales que han marcado la historia reciente de Colombia.

Con base en esta obra el presente ensayo ha pretendido evaluar tanto el número de acaecimientos en los que la espada ha estado involucrada (valor cuantitativo), como el impacto simbólico o transformador de esos eventos en la trama constructora de la democracia y la libertad en Colombia (valor cualitativo). Después de haber dividido la historia de Colombia a partir de la independencia en siete períodos, en la obra analizada se han detectado 22 momentos históricos o rápidos desplazamientos de valor trascendental protagonizados por la espada de Bolívar: uno acaeció entre 1810 y 1886 (de la Gran Colombia a la República federal); uno entre 1886 y 1930 (República conservadora); ningún episodio en las dos temporadas 1930-1946 (República liberal) y 1946-1958 (dictadura militar y “La Violencia”); un episodio entre 1958 y 1974 (época del Frente Nacional); doce entre 1974 y 1991 (Guerra sucia) y siete entre 1991 y la actualidad (a partir de la nueva Constitución). Los más importantes se han desencadenado a partir del momento del robo por parte del M-19, lo que ha llevado a una controvertida espiral de búsqueda de democracia y retornos violentos por los que todos los significados de “tramar” presentes en el *Diccionario de la Lengua Española* (DLE) aparecen y se cruzan en un aliento constructor y de-constructor de la libertad, del pluralismo y de la igualdad.

En el primer período, entre 1810 y 1886, cuando Colombia transitó del proceso de independencia a un largo debate político entre federalismo y centralismo —etapa que incluyó la caída de la Gran Colombia, el enfrentamiento entre liberales y conservadores, y el impulso de la Constitución por parte de Rafael Núñez en 1886—, la espada fue determinante en el avance del proyecto independentista con la intención de consolidar la Gran Colombia y de construir la nación, no antes de haber alejado parte de la región de las garras del Imperio español.

En el segundo período, entre 1886 y 1930 —cuando el Partido Conservador mantuvo un control casi absoluto del poder, marginando a los liberales, generando exclusión, guerras civiles y tensiones sociales que incubaron futuros conflictos como “La Violencia” y el surgimiento guerrillero— la espada se construía como emblema nacional asentándose en la antigua residencia del Libertador.

El tercer (1930-1946) y el cuarto período (1946-1958) —cuando el Partido Liberal asumió el poder tras décadas de hegemonía conservadora y hubo avances en modernización e inclusión, para luego, con el asesinato de Gaitán en 1948, dar paso a “La Violencia”— no registran ningún evento relacionado con la espada; esta se queda unas décadas con su símbolo de alcanzada dependencia y conquistada paz, visitada por transeúntes que no sabían que pronto, el 17 de enero de 1974, se convertiría en el blanco de una guerrilla urbana y entraría en el momento más oscuro de su historia.

De hecho, en el quinto período (1958-1974) —cuando Colombia atravesó el período del Frente Nacional, instaurado para poner fin a la violencia entre los partidos tradicionales, cuando se lograron avances en estabilidad institucional, modernización del Estado y participación femenina en el voto, pero cuando también se dio la exclusión de otras fuerzas políticas, haciendo surgir guerrillas y alimentando la violencia rural— el

robo de la espada se convirtió en un acto fundacional y profundamente simbólico de la guerrilla urbana del Movimiento 19 de Abril (M-19). Más que un simple hurto, la acción fue concebida como un gesto de alto contenido político y metafórico: recuperar el arma del Libertador para devolverla al pueblo, según proclamaron los insurgentes. Ésta, ícono de la independencia y la lucha contra la opresión, fue utilizada como emblema de un nuevo proyecto revolucionario que buscaba justicia social, democracia real y soberanía nacional, pero a costa de la quietud y de la paz, en una palabra, de la democracia y, por si fuera poco, empleando acciones violentas y a veces mortales también para la población civil. Incluso tras la desmovilización del grupo en 1990, su recuerdo persistió como parte del relato de quienes, dejando las armas, optaron por la vía política. Entre ellos estaba Gustavo Petro, exintegrante del M-19, quien años más tarde construiría una carrera política que lo llevaría, en 2022, a convertirse en el primer presidente de izquierda en la historia de Colombia. En ese sentido, la espada de Bolívar no solo acompaña la historia del M-19, sino que también refleja el tránsito del país —y de Petro, en particular— desde la insurgencia armada hacia la transformación democrática. El gesto de Petro al ordenar, el día de su posesión, que la trajeran al acto presidencial, no fue meramente ceremonial: fue la culminación de un ciclo histórico que comenzó con su robo y terminó con su reivindicación pública y oficial.

El sexto período (1974-1991) —cuando el país caribeño enfrentó una grave crisis institucional marcada por el auge de guerrillas, narcotráfico y violencia estatal y paraestatal— corresponde a 12 episodios de desplazamiento de la espada por parte del M-19 que, haciéndola mover entre Colombia, Panamá y Cuba, intentaba luchar por la justicia social, pero con métodos violentos.

Desde 1991 (inicio del séptimo y último período, que llega hasta la actualidad) —cuando la presión por el cambio llevó a la Constitución de 1991, que amplió derechos, reconoció la diversidad y buscó una democracia más incluyente, aunque la violencia persistió con guerrillas activas, se expandió el paramilitarismo y surgió el narcotráfico; a pesar de que se logró un acuerdo de paz con las FARC en 2016, nuevos grupos armados y la desigualdad mantuvieron el conflicto— la espada de Bolívar ha reaparecido en momentos clave de la historia colombiana. Fue devuelta por el M-19 ese año y guardada en una bóveda del Banco de la República, donde permaneció la mayor parte del tiempo hasta 2020. Desde entonces, ha sido exhibida como símbolo patrio en actos oficiales, destacando su papel en la posesión presidencial de Gustavo Petro, donde su presencia generó tensión política y una carga simbólica poderosa.

Sin embargo, el momento más destacado es, sin lugar a duda, el saqueo del precioso objeto, ese gesto fundacional que resume una tensión que atravesó toda la vida del movimiento M-19: la búsqueda de justicia social a través de métodos que, en muchos casos, recurrieron a la violencia y fueron considerados actos de terrorismo por el Estado y por amplios sectores de la sociedad. Por un lado, el M-19 se presentaba como una insurgencia distinta a las tradicionales guerrillas marxistas-leninistas. Por otro lado, sus acciones buscaban denunciar la exclusión política, el fraude electoral y la desigualdad social en Colombia. En este sentido, contribuyó a abrir debates públicos sobre la necesidad de una democracia más representativa, participativa e incluyente. Sin embargo, por otro lado, esa narrativa se vio inevitablemente tensionada por el uso de métodos violentos. Secuestros, asaltos armados y operaciones como la toma del Palacio de Justicia en 1985 sembraron dolor y desconfianza en sectores amplios de la población, y colocaron al movimiento en el centro del debate sobre los límites de la acción política armada y su impacto en el Estado de derecho. Esta dualidad —la lucha por la justicia social combinada con métodos violentos— refleja la contradicción fundamental del M-19: un grupo que denunció las fallas de la democracia liberal colombiana, pero que, en su intento por

transformarla desde afuera, terminó adoptando formas de lucha que deslegitimaron en parte su causa. Aun así, su transición hacia la vida civil y política, y la posterior ascensión de exmilitantes como Gustavo Petro a posiciones de poder muestran que esa historia también fue parte del proceso de ampliación democrática en el país, aunque marcada por heridas que aún no terminan de cicatrizar.

Hoy, la espada que alguna vez empuñó Bolívar descansa en una urna de cristal en el umbral de la Casa de Nariño, residencia oficial del presidente de la República. Tras haber sido testigo y protagonista de episodios cargados de tensión histórica y simbólica para la nación, permanece ahora como emblema silente del poder y de la memoria. Y aunque su hoja ya no corta, su presencia aún interpela, como si aguardara nuevas páginas por escribir en la historia del país: «quizás aún le falten aventuras por vivir» (Coronell 2013, p. 24).

Después de haber sido empuñada, robada, menospreciada por el rey español Felipe VI y reclamada por Gustavo Petro, este símbolo imperecedero —que ha tramado la democracia por fases alternas, sin ignorar las acciones antidemocráticas— recuerda la historia de Colombia de los últimos dos siglos, en la espera constante de una libertad total, tal y como el mismo Petro dijo a Patricia Lara Salive:

La espada de Bolívar es del pueblo colombiano y solo se envainará cuando haya justicia en Colombia, dijo su primer dueño, el Libertador Bolívar. Bajo esas indicaciones, la espada de Bolívar debe estar siempre en exposición pública y desenvainada. Algún día, cuando el país tenga mucha justicia, habrá un acto oficial de envainar esa espada que seguirá siendo del pueblo. Así que lo que aspiro en estos años es a que esa espada quede expuesta como antes la mirada pública, a la visita pública [...] y también aspiro a que las ejecutorias del gobierno puedan llevar en un futuro próximo a envainar esa espada, ojalá la última arma que se esgrima en la nación (Lara Salive 2023, p. 212).

Solo con el cierre de su mandato se podrá medir con rigor si Gustavo Petro supo estar a la altura del momento histórico que representó. Resta por verse si sus palabras se tradujeron en transformaciones concretas o si su gobierno quedará como otro capítulo de promesas grandilocuentes sin resultados palpables. El tiempo dirá si se despide como un líder que cambió el rumbo del país o como un político más, sepultado por la frustración de un pueblo que apreció el gesto de la presentación de la espada de Bolívar con ocasión de su toma de posesión, que le creyó y que, quizás, no esté dispuesto a olvidar ni a perdonar su fracaso, así como aquel de una democracia y de una paz que un arma ha querido “tramar”, pasando por injusticias y guerras.

Bionota: Mariarosaria Colucciello es Catedrática de Lengua, Traducción y Lingüística Española por el Departamento de Ciencia Política y Comunicación de la Università degli Studi di Salerno. Sus principales líneas de investigación son la teología de la liberación latinoamericana, la paremiología en lengua española, la historiografía lingüística y la traducción (*“Libertà come speranza. Utopia e prassi politica in America latina: Gustavo Gutiérrez”*, Le Càriti Editore, Florencia, 2011; *“Asno, mujer y nuez... Origen y uso de la paremia en la lengua española”*, Planeta, Bogotá, 2014; *“Una Gramática para el Nuevo Mundo. De Nebrija a Bello (1492-1847)”*, Penguin Random House, Bogotá, 2017; *“Filosofia e Filosofia sin más. Filosofia, cultura e politica in Ispanoamerica. Introduzione, traduzione e note critiche a cura di Giovanna Scocoza e Mariarosaria Colucciello”*, Guida Editori, Nápoles, 2019). También ha traducido al español y comentado traductológicamente el libro de Fulvio Tessitore, *“España y los españoles: Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro”*, Penguin Random House, Bogotá, 2022). Desde 2009 es Profesora Invitada Permanente por la Universidad Católica de Colombia, Bogotá. Forma parte del Comité científico de los grupos de investigación internacionales *Mediterranean Knowledge. International Centre for Studies and Research, Narratives and Social Changes-International Research Group* y *SyngSmart_4.0* (Universidad de Salerno) y del proyecto de investigación internacional “Historia, ética, política y cultura en la Colombia

contemporánea” (Universidad Católica de Colombia/Universidad de Salerno). Trabaja en el Comité de Redacción de numerosas revistas y colecciones (*Journal of Mediterranean Knowledge – JMK*; *Book Series. Mediterranean, Knowledge, Culture and Heritage*; *Working Papers. ICSR Mediterranean Knowledge*; Topoi Aracne Editore). Es Directora del *Laboratorio Interdisciplinare di Studi Euro-Latinoamericani* (LISEL) y co-directora de *Cultura Latinoamericana. Revista de Estudios Interculturales* (Revista de “fascia A” para la Agencia Nacional de Evaluación de la Universidad y de la Investigación, ANVUR). Es miembro del Doctorado en *Politica e Comunicazione - POLICOM*, y también es Delegada del Rector para Políticas de Movilidad.

Correo electrónico: mcolucciello@unisa.it

Referencias bibliográficas

- Anderson B. 2006, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Nueva York.
- Arana M. 2020, *Bolívar. Libertador de América*, Debate, Madrid.
- Ávila A. 2022, *El mapa criminal en Colombia*, Aguilar, Bogotá.
- Bolívar S. [1814] 2014, *Discurso pronunciado por Simón Bolívar en la Asamblea celebrada en Caracas el 2 de enero de 1814*, en “Gaceta de Colombia” 9, p. 38.
- Bolívar S. 1821, *Discurso pronunciado por Simón Bolívar el 5 de octubre de 1821 ante el Congreso General de Colombia en Cúcuta*, en “Procesos Históricos. Revista de Historia Ciencias Sociales” 25, pp. 141-145.
- Bushnell D. 2007. *Colombia. Una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*, Planeta, Bogotá.
- Cacciatore G. y Scocozza A. 2010, *El gran majadero de América. Simón Bolívar: pensamiento político y constitucional*, Planeta, Bogotá.
- Coronell D. 2023, *Entre la espada y la pared*, en Lara Salive P. (ed.), *La espada de Bolívar. Del M-19 a la Casa de Nariño*, Planeta, Bogotá, pp. 13-24.
- Cortázar Mora J. 2025, *Historia de Colombia en contexto. Orígenes, desarrollos y legados. Parte II. Fin del imperio, independencias y vida republicana*, Ecoe Ediciones, México.
- Cuacua Prada A. 2002, *Manuelita Sáenz: mujer de América*, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.
- Girardet R. 1986, *Mythes et mythologies politiques*, Seuil, París.
- Gómez Buendía H. 2023, *La verdadera historia de Colombia: ¿de dónde venimos y para dónde vamos?*, Rey Naranjo Editores, Bogotá.
- Hobsbawm E. 1992, *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Londres.
- Klingendrath T. 2010, *Libertadora! Storia di Manuelita Sáenz, l'amata di Simón Bolívar*, Stampa Alternativa, Viterbo.
- La Bella G. 2024, *Colombia. Biografia di una nazione dall'indipendenza a oggi*, il Mulino, Bologna.
- Lara Salive P. 2023, *La espada de Bolívar. Del M-19 a la Casa de Nariño*, Planeta, Bogotá.
- Mogollón Cobo M. y Narváez Yar X. 1997, *Manuela Sáenz: presencia y polémica en la historia*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Orlando Melo J. 2017, *Historia mínima de Colombia*, El Colegio de México, México.
- Petro G. 2021, *Una vida, muchas vidas*, Planeta, Bogotá.
- Pino Iturrieta E. 2006, *El divino Bolívar*, Alfadil, Caracas.
- Pino Iturrieta E. 2016, *Simón Bolívar. Esbozo biográfico*, Editorial Alfa, Montevideo.
- Ríos Sierra J. 2017, *Breve historia del conflicto armado en Colombia*, Catarata, Madrid.
- Ríos Sierra J. 2023, *Historia de la violencia en Colombia: 1946-2020. Una mirada territorial*, Sílex Ediciones, Madrid.
- Romo-Lerouz K. 2005, *Manuela Sáenz, la gran verdad*, Offset Graba, Guayaquil.
- Rumazo González A. 1962, *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, Edime, Madrid.
- Rumazo González A. 2006, *Simón Bolívar (Biografía)*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.
- Sáenz J. 2010, *Simón Bolívar y Manuela Sáenz. La Coronela y el Libertador*, L.D. Books, México, Miami y Buenos Aires.
- Sáenz M. [1828] 2017, *Carta de Manuela Sáenz al General O'Leary sobre los acontecimientos del 25 de septiembre de 1828*, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, pp. 195-201.
- Salamanca M.E. 2010, *Violencia política y modelos dinámicos: un estudio sobre el caso colombiano*, Alberdania, Gipuzkoa.
- Scocozza A. 1990, *Abbiamo arato il mare. L'utopia americana di Bolívar tra politica e storia*, Morano Editore, Nápoles.
- Torres del Río C.M. 2015, *Colombia siglo XX. Desde la guerra de los mil días hasta la elección de Álvaro Uribe*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- “Tramar” en *Diccionario de la Lengua Española*. <https://dle.rae.es/tramar> (19.06.2025).
- Uslar Petri A. 1990, *Bolívar hoy*, Monte Ávila Editores, Caracas.
- Villamizar D. 2017, *Las guerrillas en Colombia. Una historia desde los orígenes hasta los confines*, Debate, Bogotá.